

ARTISTAS, CAIMANES Y SATÉLITES

**Un gestor cultural
por el mundo**

Manel Menéndez
Francesc Meseguer

LA MÀQUINA DEL TEMPS

UN ENCUENTRO

En febrero de 2020 subí al montículo que separa Portbou de Cerbère. En la cima quedan los restos de lo que llaman la Caseta de los Alemanes, una minúscula construcción de vigilancia hecha por el Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial. Su ubicación es excepcional: enfrente tengo el mar de un azul intenso y, a cada lado, un pueblo y un país.

–Aquí hice mi primer acto político.

Quien habla es un hombre de unos 65 años. Le he visto llegar hace un rato, andando desde el lado de Portbou. Pelo blanco, gafas finas y expresión viva. Tiene acento francés.

–Qué vista, ¿verdad? –continúa.

–No está nada mal.

El ruido del mar sube por el acantilado. Las flores amarillas vibran con el sol y un par de gaviotas cruza el azul del cielo.

–Durante el franquismo aquí cerraban la frontera a las 12 de la noche –dice–. Más de una vez me quedé atrapado en España. Allí tenía la novia, yo.

–¡Qué mala suerte! –le digo.

Se ríe.

–Un día –añade– acompañé a Carrillo aquí arriba. Pero no a Santiago sino a su padre, Wenceslao. Yo era un niño, no creas. Hacía muchos años que no subía aquí, pero la memoria te lleva por donde quiere. Cuando estás en Guinea extrañas Brasil, cuando estás en Brasil extrañas México, cuando estás en México extrañas Francia...

–¿Y cuando estás en Francia?

–Supongo –dice– que añoras la infancia. O la juventud.

–O su novia de España.

–A ella no la puedo añorar, ¡que es mi mujer!

–¿Y usted vino aquí con Carrillo?

–*Coi*, ya te lo he dicho. Fue mi primer acto político. Vino a casa cuando yo era pequeño, en Cerbère. Después de comer le dijo a mi padre “llévame hasta la frontera que quiero ver España”. Yo les acompañé.

–No todo el mundo recibe la visita de Carrillo.

–Mi padre conocía a mucha gente. Un día encontré su carné del Partido Socialista en el exilio: tenía el número uno.

–¿Y usted ha estado en Guinea, Brasil, México...?

–Sí, ¡pero no como exiliado! Fue con mi trabajo. Pero lo importante no son los países sino la gente. He tenido la suerte de conocer a un montón de personas. Álvaro Mutis, Botero, Jean-Marie Le Clézio, Palau i Fabre, José Luis Cuevas... Daría para escribir un libro.

–Hablémoslo.

El personaje con quién estoy a punto de empezar una aventura literaria se llama Manel Menéndez Alambillaga. Después sabré que ha sido director de distintas sedes de la Alianza Francesa y del Instituto Francés por todo el mundo, y que es un notable fotógrafo, escultor y poeta, con varios libros publicados. Le cedo la palabra.

UNA HISTORIA: DE ASTURIAS A CERBÈRE

Mi padre fue Manuel Menéndez Martínez. Nació en Robledo, Asturias, en el año 1914. En Robledo, su familia tenía una casería desde por lo menos siete generaciones atrás. Estaba ubicada en la vertiente oeste de una colina, equidistante entre Lugo de Llanera y Villabona en el consejo de Llanera. Cuando nació mi padre, parece que estaban haciendo reformas en casa y el alumbramiento ocurrió en el hórreo. ¡Qué simbólico venir al mundo en la construcción más emblemática de Asturias!

En aquellos años las ideas socialistas y anarquistas empezaban a correr como la pólvora en una zona dominada por caciques, la Iglesia y la Guardia Civil. Además, Llanera tenía dos puntos importantes: las minas de carbón de Santo Firme en Villabona y la fábrica de explosivos en Cayés. Ambas funcionaban como foco de conciencia política. ¡Fue admirable la cantidad de iniciativas que nacieron aquellos años para autogestionarse y ayudarse unos a otros! Estoy convencido de que si no hu-

biese sido por la Guerra Civil y el franquismo seríamos el país más avanzado de Europa. Cuando leo historias de aquella época, ¡encuentro tanta energía, tantas ideas, tanta ilusión! En cuanto a mi padre, a pesar de proceder de una familia con cierto rango social (hasta el punto de que, en el cementerio, eran enterrados en primera línea, como pude comprobar en los archivos de la iglesia parroquial de Villardevayo) tampoco dudó en abrazar las ideas socialistas: luchó por tener un representante político de izquierdas, participó del sindicalismo y compró, junto a otras siete u ocho familias, la Casa del Pueblo para dedicarla, entre otras cosas, a instruir a la población.

Pero las iniciativas progresistas fueron bloqueadas por los poderes locales y nacionales, las condiciones de vida no mejoraron y, en 1934, estalló la gran revuelta minera. Como respuesta, en vez de ser escuchados, los mineros fueron reprimidos muy duramente por la República a manos de un general de funesto nombre, nada más y nada menos que Francisco Franco. Aquello radicalizó aún más las posturas. Hasta que los militares se cargaron la democracia y empezaron la Guerra Civil en julio de 1936. Por aquel entonces, mi padre se encontraba realizando el servicio militar en el cuartel de Loyola en San Sebastián. Enseguida, el responsable reunió a todo sus efectivos en la plaza de armas:

–Escojan el bando que quieran –les dijo.

Todos los graduados que optaron por el bando de la República fueron apresados y fusilados. Por suerte, mi padre consiguió escapar y se integró, ya con una conciencia clara de cómo iban a ser las cosas de ahí en adelante, en el bando republicano de Posada de Llanera. Ahí, como era militante de las Juventudes socialistas de Asturias, entró en el ejército –o milicia– del norte, en el batallón Rapín que se estaba organizando. Se llamaba Rapín por ser este el pseudónimo del líder sindical que lo dirigía, José Benigno Díaz González. Empezaron a ser operativos en noviembre. Entonces mi padre, junto a su hermano, salieron a ocupar las alturas para dominar los valles y las conexiones. Los montes de Las Regueras, con la defensa de Oviedo como telón de fondo, eran vitales para controlar el abastecimiento de los nacionales sublevados en la ciudad. Los demás republicanos hicieron lo mismo en otras alturas, en una línea que pasaba también por Las Regueras. Resultaba casi imposible cruzar por ahí sin sufrir un gran número de muertes. En los Arroxos, cada colina pertenecía a un bando, pero apenas estaban separadas por unos metros sin ningún obstáculo ni vegetación entre ellas. ¡Debió de ser una lucha terrible!

El caso es que las fuerzas leales a la República no tuvieron los refuerzos que esperaban y las tropas nacionales fueron creciendo, duplicaron sus hombres, derrumbaron la muralla republicana situada en Las Regueras y alcanzaron Oviedo. La crónica cuenta que los montes

quedaron pelados de tanta metralla que fue disparada. Todavía hoy se pueden ver cráteres abiertos y nidos de ametralladoras. En el libro *Morir en Oviedo*, Juan Antonio Cabezas, redactor del periódico socialista *Avance*, narra que fue a cubrir varios frentes: contó novecientos muertos en el Escamplero y cerca de trescientos en el Naranco. También explica que los milicianos conocían los ruidos de los motores de avión y que no se preocupaban demasiado por el de los alemanes, pues sabían que iban a bombardear las fábricas de armas; pero debían vigilar con los italianos, que hacían un intenso silbido agudo y bajaban en picado ametrallando a cuantos veían. Se ve que Juan Antonio Cabezas y su chófer tuvieron que dar vueltas alrededor de un enorme castaño para salir con vida.

Para los republicanos, recuperar Oviedo tenía la carga simbólica de ganar una capital de provincia. Además, allí había dos de las fábricas de armas más importantes de España. En cambio, para los nacionales liberar Oviedo sería fortalecer el frente occidental para poder conectar la columna gallega con las tropas que venían del País Vasco. Por eso los nacionales movilizaron hasta allí las fuerzas de élite y los combatientes marroquíes con amplia experiencia. En verano de 2012, un grupo de investigación halló mucha munición en la zona del Naranco y la analizaron: demostraron que el ejército re-

publicano estuvo a solo cincuenta metros de tomar las trincheras sublevadas.

El caso es que, en esa contienda, mi padre fue herido por una bala que le cruzó el músculo superciliar y le salió por encima del ojo. Poco después, fue recogido por unos compañeros camilleros del batallón Rapín y evacuado al hospital de Avilés. Era la noche del 20 de febrero de 1937. Precisamente ese mismo día fue fusilado el rector de la Universidad de Oviedo, Leopoldo García Alas, el hijo de Clarín, autor de *La Regenta*. Uno de los soldados del piquete de ejecución, antiguo alumno del rector, se negó a participar y corrió la misma suerte. Después mi padre, aún convaleciente, acompañó a su hermano José María a Gijón. Tras haber luchado juntos en San Esteban de las Cruces, José María se marchaba con otros compañeros a reforzar las tropas de Navarra. Será la última vez que mi padre lo verá. De ese día, conservamos una foto: los dos visten un elegante abrigo y mi padre todavía lleva un vendaje sobre el ojo derecho. José María, después de muchos combates y el paso por varios campos de prisioneros, cogió una pulmonía y lo mandaron a casa. Murió al cabo de unos veintiséis días. Mi abuela Ramona nunca más se quitó el luto.

Una vez recuperado, mi padre fue al frente de Las Regueras, al noroeste de Oviedo. Dicen que allí los combates fueron muy duros porque les vino un batallón fascista desde Galicia. Los republicanos se vieron obligados